

mildad que no se compadece con la vana presunción de los que pretenden que sean tenidos por oráculos los pensamientos que conciben neciamente en el fondo de un corazón corrompido. «He seguido al pie de la letra—decía nuestro autor escribiendo á su digno amigo Luis Veuillet— las advertencias que me comunicáis, y *he quitado de mi libro todo lo que no agrada al que me las hace...* Os lo he dicho, y os lo vuelvo á decir: *ignoro absolutamente la sabiduría teológica*, que no ha sido nunca objeto de mis estudios; *no soy ni siquiera mero escolar en ella*. Sólo entonces atino con la verdad cuando adivino la doctrina de la Iglesia. Ruégoos, pues, y ruego al señor..., crean que hasta en los casos en que me engaño es recta mi intención, y mi engaño es *pura ignorancia*; y que siempre estoy pronto á recibir lecciones, no sólo de la Iglesia, *sino aun de cualquiera persona instruída que quiera darme limosna comunicándome sus luces.*»

Lejos de presumir de sí mismo, de su propia razón, Donoso, para juzgar rectamente de las cosas, así como Moisés acudía al Santuario para oír la voz de Dios, así recurría él á la luz divina que desciende de arriba. «Levanto—decía en una de sus cartas—los ojos á Dios, y en Él veo lo que en vano busco en ninguna otra parte».

Podrá replicarse que este modo de buscar la verdad en no sé qué visión ó iluminación directa de Dios, conduce fácilmente á los delirios del iluminismo, y que así, no sin razón, ha sido juzgado nuestro Donoso en el Ateneo de Madrid por *vidente é iluminado* que «lanza sobre los horizontes del porvenir su mirada sobrenatural de profeta». Acusación enteramente falsa y gratuita; porque ni Donoso se consideró nunca adornado del don de profecía, ni este don sobrenatural es necesario para conocer algunos hechos futuros con aquel género de conocimiento que se origina de la doble luz de la razón y de la fe. No sería tampoco razón atribuir á nuestro autor el error de Mallebranche, que opinaba que todas las cosas las vemos en Dios, sino el sentido de esas palabras es

que en todos los sucesos de la vida, singularmente en aquellos que deciden de la suerte y destino de los Imperios, la razón superior del hombre no ha de contentarse con buscar su explicación en las causas próximas é inmediatas, finitas y deleznales que forman el tejido de la Historia, sino antes debe remontarse para explicarlas á la sabiduría, bondad y demás atributos de Dios, considerados á la luz de la divina revelación conforme á la enseñanza de la Iglesia. A los ojos de Donoso, como á los del Conde de Maistre, que por su parte siguió fielmente la doctrina del Apóstol de las Gentes, el mundo es un sistema de cosas invisibles manifestadas visiblemente¹. ¿Qué maravilla, pues, que ambos pusieran los ojos de su acendrada fe en las cosas invisibles según el sentido y según el mismo humano entendimiento, para dar razón, no sólo de lo presente, sino de lo que está por venir, tratando del gobierno temporal de las cosas, que pertenece á la divina Providencia? No es esto ser videntes, ni iluminados, ni falsos profetas, sino verdaderos filósofos cristianos, como Donoso, que no sólo fué filósofo, sino teólogo sublime, por más que en su profunda humildad no osara tenerse ni siquiera por simple oyente en las escuelas donde es enseñada esta sagrada ciencia.

El fogoso censor de nuestro Donoso Cortés en el Ateneo de Madrid, á vueltas de tales censuras, ciñó, sin embargo, á la frente del autor de estas obras la aureola de la gloria. «A nuestro juicio—decía—fué (Donoso Cortés) una... *gloria*.» Pero ¿en qué hubo de cifrar Pidal esta gloria que, como la cola de los cometas, anuncia calamidades y desastres? En que «la voz de trueno de su elocuencia fulgurante resuena todavía por todos los ámbitos de Europa, como voz de profeta enviado por Dios que *anuncia y que comenta las grandes catástrofes* con que en el bajo fondo de la sociedad repercuten las blasfemias que se pronuncian en su cima, *esculpiendo*, juntamente

¹ Hebr., XI, 5. — Véase á DE MAISTRE, *Les soirées de Saint-Petersbourg*, dixième entretien.

fiel del constitucionalismo francés de Cousín y de Guizot, es el mal esencial y substancial que vicia y corrompe la sociedad, y prepara las temerosas catástrofes que el mismo Donoso prevía con ojos, no de profeta, que no lo era, sino de filósofo cristiano y apóstol de la verdad religiosa en el mundo de la política.

Esta, y no otra, es la gloria de Donoso: haber visto y demostrado con claridad deslumbradora que en toda cuestión política se halla como embebida una cuestión teológica; haber mostrado que la raíz del liberalismo y del socialismo es pura soberbia é impiedad; haber mostrado la inanidad de los sistemas modernos de regir la sociedad civil, reducidos á simples mecanismos vacíos de espíritu cristiano, es decir, de espíritu de obediencia y de amor, y henchidos de concupiscencia y de orgullo; haber mostrado asimismo que, al compás con que baja en la sociedad el termómetro religioso, baja la libertad verdadera; haber convencido de ignorancia á las escuelas liberales, que sólo conocen no sé qué deísmo vago, á cuya imitación fabrican esos sistemas constitucionales en que el Rey reina y no gobierna; y, por último, haber ofrecido al mundo en las soluciones católicas el remedio de sus males, y la razón y fundamento de su esperanza. Esa es la verdadera gloria de Donoso Cortés, que no le será quitada por nadie, antes, como decía Veuillot, crecerá su esplendor en el transcurso de los siglos, porque estriba en la verdad, que no pasa, sino permanece en medio de las vicisitudes á que están sujetas las cosas de este mundo, y de los errores que en cada época suscitan las pasiones.

Pero no lo hemos dicho todo: gloria es asimismo de Donoso Cortés la mofa que de él y de sus pensamientos altísimos hizo el doctrinarismo reinante al verse herido de muerte por mano de quien, habiendo militado entre los moderados, conocía mejor que nadie la índole y el espíritu de su política, juego de ambiciones y de intereses disfrazado de patriotismo; pero su nombre fué clarifica-

do directamente por todos los que vieron en él el genio de la sabiduría cristiana, que únicamente puede salvar á la sociedad en los tiempos que corren.

Dichosamente, la feliz impresión que la presencia de ese genio maravilloso causó en las almas dura todavía con la memoria imperecedera de Donoso, como recuerdo de una de las más puras glorias de nuestra Patria, y como esperanza de los bienes que anhelaba su alma generosa. No puede, sin embargo, decirse que Donoso Cortés «fundara escuela», ni mucho menos «conservatorio de música». No la fundó ni en el orden político ni en el religioso, porque sus doctrinas no son nuevas, sino antiguas: son las doctrinas mismas de la Iglesia ó, como él decía, las soluciones católicas de los problemas políticos y sociales. La Filosofía propiamente dicha no fué nunca objeto de sus escritos ni discursos, por más que la poseyera con eminencia, según que se contiene por modo excelentísimo en la sabiduría teológica que había él bebido en sus riquísimas fuentes. Pero si, hablando con rigor, no tuvo discípulos, gloria suya fué haber hecho discípulos de Cristo á todos los que despertaron al oír admirados la voz de aquél que llamó á juicio á los maestros y caudillos de la sociedad moderna, ciudad terrena y liberal, enemiga de la ciudad de Dios, y los convenció de sofistas, y que de las mismas revoluciones engendradas del espíritu moderno sacó luz de enseñanza saludable con que poderse entender que el mundo ha errado el camino saliéndose de las vías católicas, fuera de las cuales no hay civilización, ni libertad, ni dignidad, ni progreso, ni salud alguna para los hombres.

Justo es añadir que la admiración causada por Donoso no es sólo de la doctrina que enseñó y engrandeció en sus tratados y discursos, sino del genio en quien resplandeció con maravilloso fulgor la verdad misma, y de la virtud moral que asimismo resplandeció en él; sobre lo cual es de notar que en este volumen precisamente es donde se muestra la persona del autor cautivando con

dotes y atractivos singulares á los que le leyeren; porque en el volumen primero no se ve otra cosa sino el esplendor y majestad de las razones que contiene la gran obra del *Ensayo*; mas en éste, no sólo se contienen en forma más accesible casi las mismas razones, sino también se parece la figura moral de quien tan admirablemente las proclama. Aquí, en efecto, se ve á Donoso Cortés en su vida oficial y pública y en su vida íntima: vese al cristiano fervoroso y al hombre de Estado profundo y discreto; al hijo en cuyo corazón rebosan el amor y la ternura, y al amigo que deposita en el seno de la más íntima confianza el tesoro de sus luces y de sus piadosos afectos. Confiésalo el mismo orador que en el Ateneo de Madrid le ha juzgado como hemos visto: confiésalo diciendo que «Donoso Cortés era católico de verdad, hombre bueno y dulce y bien intencionado». Bella confesión, ciertamente, aunque nada conforme «con la repulsión espontánea y nativa (del orador) hacia las obras de Donoso Cortés» en las que ese puro catolicismo y esa bondad y esa dulzura brillan en forma encantadora.

Hemos dicho que se contempla aquí al hombre de Estado; y pues el serlo requiere talento de inestimable valor, que debe ser cultivado con el ejemplo y la doctrina de los que le reciben del cielo, bien será fijar la atención en los escritos donde Donoso Cortés lo manifiesta. Léanse especialmente sus cartas, y á cada paso se admirará la singular perspicacia con que en las empresas políticas veía el medio de llegar al fin honesto á que debe siempre mirar la autoridad social. Así, cuando en 1852 fracasó el proyecto de reforma antiparlamentaria que puso tanto pavor en nuestros políticos doctrinarios el Marqués de Valdegamas, amigo de aquella reforma, aunque todavía imperfecta, resumió en estas dos palabras lo que sin duda habría hecho él para establecerla: «El Ministerio Bravo Murillo—decía escribiendo al Conde de Raczynski—ha incurrido en dos faltas capitales: la primera, no haber contado ciertamente con el concurso de un General, y la

segunda, no haberse procurado el apoyo del *verdadero pueblo*. No teniendo á su lado Generales que causen respeto, y teniendo enfrente de sí á burgueses rebelados, hallóse sin otro amparo que el de la Reina.» ¿Puede acaso reducirse á más breve fórmula la lección que deben estudiar los gobernantes que quieran acabar con el juego de burgueses y parlamentarios?

No es á la verdad maravilla que el Marqués de Valdegamas fuera insigne hombre de Estado, pues que, demás de los talentos singulares con que le adornó la Providencia divina, poseía un don, que á todos los otros se aventaja: había sido iluminado su entendimiento con las luces de la Teología, y enriquecida su alma con aquel espíritu ascético, que es como la quinta esencia de la sabiduría política. ¡Bienaventuradas las naciones gobernadas por hombres como Donoso Cortés! Pero desgraciadamente, como él mismo decía, no le había llegado su hora. «Erráis en creer—escribió al diplomático prusiano—que se acerca mi tiempo; al contrario, todavía está lejos, y probablemente no llegará jamás.» No quiso Dios que llegase: pero sí ordenó su providencia que en el Marqués de Valdegamas se mostrasen el espíritu y el genio de la única política que es de verdad salvadora. ¡Quiera este mismo Señor que la hora, que él no esperaba que le llegase, de salvar á España, apoyándose en la fe del pueblo y ayudándose de la espada que debe servir á los que gobiernan, llegue á quien en el gobierno de los pueblos sea guiado principalmente de la luz de la Teología!

J. M. ORTI Y LARA.

con sus fórmulas soberanas, condensadoras de las grandezas de la Religión, el *santo nombre de la Iglesia* y el *glorioso nombre de la patria* de que fué creyente y ciudadano. • Ó, en términos desnudos de todo ese follaje: la gloria de Donoso la reduce D. Alejandro Pidal á haber sido nuncio y comentador de catástrofes y esculpido el nombre de la Iglesia y de la Patria. Ahora bien; ¿se contiene en estos estrechos límites la gloria de aquel varón insigne que cuando los errores que habían de ser condenados en el *Syllabus* sobrenadaban revueltos y confundidos en las esferas sociales y políticas, engendrando por todas partes las abominaciones consiguientes, levantó su poderosa voz, no cierto de profeta, sino de verdadero orador é insigne hombre de Estado, y que á la luz de la Historia y de la razón, iluminadas de la fe, mostró con elocuencia, raras veces oída, la estrella que debe guiar á los que, en las crisis contemporáneas, aspiran á salvar á los pueblos del abismo á que los conducen las ideas liberales?

La gloria de Donoso Cortés y su vocación y destino, están en aquella región altísima donde, por modo desconocido del doctrinarismo político, se unen estrechamente, sin confundirse, la Religión y la política. En la hora precisamente en que los Gobiernos constitucionales y parlamentarios ensayaban en vano las modernas teorías prescindiendo de Dios, y jactándose de haber hermanado el orden con la libertad moderna mediante aquel soñado justo medio que así dista de la anarquía como del despotismo, en esa hora funesta sobrevino en Europa la revolución de 1848; y entonces se vió que salvo en España, donde el orden material y las instituciones vigentes se mantuvieron firmes en medio de las olas, gracias á la dictadura del general Narváez, en los demás Estados constitucionales del continente europeo, el juego de los partidos políticos y la habilidad de los jefes doctrinarios fueron impotentes para impedir el advenimiento de una democracia turbulenta en pos de la cual se veía venir,

ya cercano, el monstruo del socialismo, que amenazaba de muerte á la sociedad. Nunca se vió más claramente cuán poco vale para contener las consecuencias del liberalismo la habilidad de los que lo practican en el poder después de haberlo profesado y predicado en las cátedras. Pero el mundo había menester oír en el seno mismo de los Parlamentos, henchidos de espíritu revolucionario, la voz de alguno que mirando los hechos con los ojos de la fe y discurriendo como filósofo por el campo de la Historia, cual otro Bossuet, mostrase en la serie de los sucesos el dedo de Dios, y probase con claridad meridiana que la Religión es el alma de la sociedad, y que en faltando ella la sociedad se disuelve, y el orden y la libertad vienen por tierra, cayendo juntamente con la libertad y con el orden las cátedras de los sofistas. El mundo, decimos, necesitaba oír esta verdad allí donde el error había puesto principalmente cátedra; y he aquí que Donoso Cortés, antes liberal doctrinario, doctor en parlamentarismo y amparador de Gobiernos moderados, con sorpresa y admiración del Parlamento dice en el seno de él: «Señores, la verdadera causa del mal hondo y profundo que aqueja á Europa *está en que ha desaparecido la idea de la autoridad divina y de la autoridad humana...* Al oírme hablar á un tiempo mismo de la autoridad divina y de la autoridad humana, se me dirá acaso: —¿Qué tienen que ver las cuestiones políticas con las cuestiones religiosas?—Señores, yo no sé si hay aquí algún diputado que no crea *que hay relación entre las cosas religiosas y las políticas*; pero si hay alguno, voy á demostrar su relación necesaria de una manera tal que la vea por sus propios ojos y la toque con sus propias manos.» Y, en efecto, aquel insigne orador demostró que entre las cuestiones religiosas y las políticas hay una relación íntima, necesaria, indisoluble; de donde era fácil deducir que la política moderna, divorciada de la Religión católica, que la política racionalista y sin Dios del doctrinarismo ecléctico de nuestros moderados, copia